

Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún, pionero de la antropología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio Nacional, 1999, x + 262 p. ils.

*Bernardino de Sahagún, pionero de la antropología* es el título del estudio más reciente realizado por Miguel León-Portilla sobre este excepcional humanista del Renacimiento.

Desde el siglo XVI, sus contemporáneos se refirieron a él con respeto y admiración por sus dotes pastorales y sus esfuerzos académicos. Destacaban del padre Sahagún su humildad y mansedumbre, su dedicación por todos los menesteres religiosos; pero, también, su empeño por impartir una enseñanza esmerada en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Un siglo después, los historiadores de la orden franciscano a la que perteneció, todavía recordaban la importancia de sus trabajos evangélicos. Mencionaban entre ellos la *Postilla*, que fue difundida entre los misioneros a través de numerosos manuscritos por considerarla instrumento eficaz para la conversión de los naturales, y sus sistemáticas pesquisas en torno a las costumbres y antiguallas indígenas.

En el siglo XVIII, con el hallazgo del *Códice de Tolosa* en un convento de Navarra en España, se difunde la que por mucho tiempo se consideró la versión más completa de su gran *Historia general de las cosas de Nueva España*. Desde entonces y hasta ahora, investigadores mexicanos y extranjeros se han acercado desde diversas perspectivas a su magno trabajo doctrinal y antropológico, el cual desafortunadamente sufrió numerosas vicisitudes.

Por lo que toca al primer rubro, el fraile únicamente alcanzó a ver publicada, ya casi al final de su vida, su *Psalmodia cristiana*. No obstante, algunas obras más de carácter religioso entre las que destacan las *Adiciones*, *Apéndice a la Postilla* y *Ejercicio Cotidiano*, así como la reconstrucción de las discusiones cristiano-gentílicas que hubieron de repetirse frecuentemente durante el proceso de conversión, conocidas como los *Coloquios y doctrina cristiana*, fueron editadas, siglos después, por Walter Lehmann y Miguel León-Portilla, respectivamente.

Con relación al intenso trabajo antropológico y lingüístico que Sahagún llevó a cabo durante sesenta años en el área central de México, tenemos que han sido numerosos los manuscritos que se han paleografiado y traducido a diversos idiomas. Sobresalen, en este sentido, la traducción y versión del náhuatl al inglés de los *Primeros Memoriales*, esto es, de los textos iniciales de su investigación correspondientes a la región tezcocana de Tepepulco, realizados por Thelma Sullivan

y otros investigadores; las ediciones de varios textos de los *Códices Matritenses*, debidas a los estudiosos alemanes Walter Lehmann y Leonhard Schultze-Jena y, por supuesto, la única transcripción y traducción completas al inglés con que contamos de los doce libros del *Códice Florentino* de Charles E. Dibble y Arthur Anderson.

Asimismo, debemos a Josefina García Quintana y Alfredo López Austin la publicación del texto en castellano según se encuentra en *Códice Florentino*, esto es, en la obra más acabada de fray Bernardino y sus informantes.

Por otra parte, existen interesantes trabajos sobre la biobibliografía del fraile o sobre aspectos muy concretos de sus diferentes escritos. Mencionaremos aquí tan sólo las eruditas disquisiciones que se encuentran en la correspondencia entablada por Joaquín García Icazbalceta y Francisco del Paso y Troncoso sobre las distintas etapas de su vida o sobre el complejo entramado de su obra doctrinal y antropológica. La amena biografía de Luis Nicolau D'Olwer y las pormenorizadas reflexiones históricas y filológicas de Manuel Ballesteros y Jesús Bustamante acerca de sus distintos escritos. Recordemos, también, la edición publicada por Ángel Ma. Garibay de la *Historia General* y el interesante artículo de Georges Baudot sobre el protector de Sahagún, fray Rodrigo de Sequera. Asimismo, son dignos de mencionar otros trabajos que atañen a temas muy específicos de sus diversos manuscritos. Dos interesantes compendios de ellos los tenemos en las actas editadas por Munro Edmonson y en la antología preparada por Ascensión H. de León-Portilla.

Ahora bien, después de presentar este somero recuento respecto a algunos de los más importantes estudios relativos a la bibliografía sahanense, podría pensarse quizá que se ha dicho todo acerca de este notable misionero que llegó a la Nueva España en 1529 para emprender lo que Robert Ricard ha llamado "la conquista espiritual" de los indígenas, sin imaginar la trascendencia que habría de tener su monumental obra.

También se podría pensar que Miguel León-Portilla, uno de sus más asiduos estudiosos, se habría conformado con aquel esclarecedor y ameno libro que, con el título de *Bernardino de Sahagún*, publicó en 1987. Afortunadamente no ocurrió así. Este año de 1999 tan significativo para los sahanistas por cumplirse 500 años del natalicio del fraile leonés, quiso Miguel León-Portilla conmemorarlo con este espléndido volumen que no es, como advierte claramente en la introducción, tan sólo una versión ampliada de aquélla que realizó hace doce años. La biografía que ofrece en este libro presenta con mayor detalle y en forma articulada las circunstancias en que transcurrieron la vida

de Bernardino en el viejo y nuevo mundo y el largo proceso, no exento de vicisitudes, de su obra doctrinal y de su *Historia*.

Si en el pasado trabajo León-Portilla quiso realzar la trascendencia de Sahagún en sus pesquisas sobre el México prehispánico y proporcionar información poco conocida al respecto, en éste tomó en cuenta las aportaciones de investigadores que se han aproximado desde diversas ópticas a la obra sahumiana durante la última década. La revisión resulta de muy grande interés ya que comenta las más recientes publicaciones de estudiosos de distintas disciplinas humanísticas y sociales sobre el tema que venimos tratando, algunas de las cuales se han mencionado anteriormente.

Está conformado este volumen por ocho capítulos: En la introducción el autor presenta un rápido recuento de las aportaciones sobre la vida y obra de Sahagún ya citadas, y la explicación de las particularidades de la biografía que se incluye en este libro.

El primer capítulo es una interesante exposición respecto a la procedencia y formación intelectual de fray Bernardino: sus primeros años en la Tierra de Campos, en el reino de León, donde nació, su posible pertenencia a una familia acomodada, su incorporación a la Orden de San Francisco y a la Universidad de Salamanca, centro del saber renacentista donde impartieron cátedra notables sabios en teología, jurisprudencia y gramática. En ese lugar vivió Bernardino la conmoción de los movimientos reformistas encabezados por Martín Lutero, y ahí conoció a los humanistas seguidores de las ideas de Erasmo de Rotterdam. Ambas corrientes habrían de influir, como lo demuestra claramente León-Portilla, en su concepción respecto a sus quehaceres religiosos y académicos en el nuevo mundo.

El segundo y tercer capítulos tratan ya sobre la llegada de Bernardino a México y sobre sus primeras tareas como misionero en el área central; su incorporación como maestro del Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco a partir de 1536. Con éste estuvo Sahagún estrechamente vinculado, pues además de impartir la cátedra de latinidad a los hijos de los nobles indígenas y desempeñar esporádicamente algunos cargos administrativos, conformó con sus alumnos trilingües más destacados el grupo de investigación que habría de acometer el magno estudio de los nahuas del altiplano central.

Incluye León-Portilla en esta parte de su libro un inciso fundamental que permite contextualizar el momento histórico en que se desarrollan los trabajos iniciales de Sahagún. Se trata de los atropellos cometidos por algunos conquistadores, como Nuño Beltrán de Guzmán, a los indios, y de las reacciones de los franciscanos frente a estos violentos hechos que sin duda entorpecían su tarea de conversión.

Los dos siguientes apartados explican las causas que originaron su investigación, cuyo objetivo principal fue el de mostrar a sus compañeros de Orden el pensamiento y cultura de aquellos a quienes habrían de evangelizar. Conociendo las enfermedades, pensaba Sahagún, se podrían aplicar más acertadamente los remedios. Se mencionan, asimismo, el método empleado en la recopilación de los materiales y las etapas que conforman su gran *Historia general*.

Miguel León-Portilla explica también las distintas formas de los testimonios compilados por Sahagún que se pueden advertir en textos muy específicos de los *Memoriales*, correspondientes a las dos primeras etapas de su investigación, y en otros manuscritos. Producto son unos de las respuestas sistemáticas a la minuta elaborada por Sahagún, en la que se pedía informes precisos sobre determinados temas. Otros testimonios fueron recogidos en forma más espontánea, apartándose del cuestionario; y, por último, se encuentran las expresiones propias de la tradición prehispánica que recogió el fraile durante su primera estancia en Tepepulco en 1547. Se trata de los *huehuellahtolli* que pasaron a conformar el sexto libro de la versión más acabada de su *Historia general*. Además del elevado valor ético y literario que encierran estos bellos discursos, aparece en el prólogo a este libro una contundente refutación de Sahagún dirigida a quienes afirmaban que lo escrito por él eran ficciones y mentiras.

También se alude al inicio de la larga serie de calamidades que hubieron de sobrevenir a la obra sahadunense. Este breve apartado sirve de puente para el siguiente capítulo en el que se expone el papel fundamental que desempeñó fray Rodrigo de Sequera, quien realizó las gestiones necesarias para que el padre pudiera concluir finalmente su trabajo. Éste había sido interrumpido desde 1570 por la censura inquisitorial y la incomprensión de las autoridades reales.

Después de la peste que concluyó en 1577 y de numerosas vicisitudes, logra el franciscano dedicarse a "romancear" aquellos manuscritos, producto de su larga investigación iniciada en 1558, que se encontraban en mexicano. El resultado fue una espléndida obra bilingüe náhuatl-castellano ilustrada con preciosas viñetas y láminas alusivas a los diferentes temas que tocaban cada uno de sus doce libros. Llevó Sequera el monumental manuscrito que más tarde se conocería como *Códice Florentino* a España en 1580 a fin de que se difundiera; pero esto no sucede así y sólo volvemos a tener noticia de él hasta 1793.

El séptimo capítulo expone las tareas del incansable fraile en los últimos diez años de su larga vida. Octagenario, ya, Bernardino de Sahagún continuó trabajando en varias de sus obras de carácter

antropológico y lingüístico; incluso llegó a ver publicada en 1583 una obra doctrinal, su *Psalmodia cristiana*.

Este apartado titulado por León-Portilla "Hasta el fin, con más trabajos, sinsabores y esperanzas", sintetiza quizá la vida entera de Bernardino en México. Su afán perfeccionista señalado por la mayor parte de sus estudiosos, que lo lleva a rehacer una y otra vez sus diversos escritos; los numerosos contratiempos que tuvo que sortear para concluir sus trabajos y, por último, la esperanza de que éstos se difundieran en el Nuevo y Viejo Mundo para que sus compañeros pudieran hacer uso de ellos.

En esta época retoma Bernardino dos trabajos realizados con anterioridad: el *Arte adivinatoria* y el *Libro de la conquista*. De ambos dispone una nueva versión que, si bien no se aparta sustancialmente de la primera, incorpora interesantes comentarios del fraile. Incluye ahora en el *Arte adivinatoria* sus apreciaciones con respecto a la tarea de conversión que le hizo cruzar el océano. Decepcionado, Sahagún acepta que los ideales franciscanos de implantar una cristiandad de acuerdo a la primitiva iglesia entre los amerindios, no pudieron llevarse a cabo. Por otra parte, en el *Libro de la conquista* modifica y agrega algunos aspectos que en 1585 consideró relevantes. Señala León-Portilla, por ejemplo, el hincapié puesto en las cualidades de Hernán Cortés.

No pudo Bernardino ni siquiera al final de su vida sustraerse a los conflictos que se generaron siendo definidor de la provincia, ya muy mayor. Nuevas turbulencias tuvo que vivir pero ahora con aquel cargo que le obligaba a pronunciarse contra quienes, como el padre Pedro Ponce, ponían en riesgo la empresa evangelizadora de la forma como había sido concebida por los frailes menores. Vemos, pues, cómo fray Bernardino hasta su muerte, acaecida en 1590, no conoció la calma.

En el último apartado Miguel León-Portilla insiste en la trascendencia de la obra sahumuniana desde las perspectivas antropológica y lingüística. Realza el riguroso método adoptado por Sahagún en sus pormenorizadas pesquisas sobre la cultura náhuatl; de ahí que lo considere "pionero de la antropología". Asimismo alude al gran proyecto lexicográfico que articula toda su *Historia general*. Si bien es cierto que fray Bernardino no logró realizar la versión más acabada de su *Historia* en la forma en que la había contemplado en las primeras fases de su investigación, esto es, una parte castellana, una náhuatl y las glosas explicativas sobre los términos que incluye esta última, sí, en cambio, concluyó el manuscrito bilingüe del *Códice Florentino*, al que ya se ha aludido. Quedaron incluidas pues, en la versión castellana las voces nahuas con su respectiva definición, sólo faltó disponerlas en una tercera columna,

que sería la de los escolios, según su plan inicial. A todo esto hace referencia el doctor León-Portilla en la última parte de su libro.

Apasionado sahumista pero estudioso crítico, Miguel León-Portilla incluye también algunas objeciones sugeridas respecto a los propósitos que alentaron la investigación del misionero; deja al descubierto sus paradojas y comenta aquéllas que podrían tenerse por contradicciones.

Miguel León-Portilla presenta en este volumen aspectos no contemplados de la biografía del fraile y de su entorno histórico y cultural. Infiere de la información reunida cuando no se cuenta con el dato preciso. Expone y cuestiona no sin ponderar ni matizar. Por todo esto y por el rico contenido que encierra este espléndido volumen le damos en esta ocasión una muy calurosa bienvenida.

PILAR MÁYNEZ

Patrick Johansson, *Ritos mortuorios nahuas precolombinos*, Secretaría de Cultura del Gobierno de Puebla, 1998, 320 p., Colección Portal Poblano.

“En el principio fue la muerte...” podría parafrasearse el inteligente discurso que Patrick Johansson teje en torno a los ritos mortuorios de los nahuas en la época prehispánica. La sustancia de esa paráfrasis es, sin embargo, muy otra. No se trata simplemente de *poner de cabeza* lo dicho por Juan en su evangelio, ni de reemplazar el verbo con el mutismo de la muerte, sino de echar un vistazo con ánimo de entender siquiera a la dialéctica que nuestros indígenas establecieron como eje rector del ser: el continuo devenir, circular y eterno, de la muerte y la vida, transformándose una en otra, alternándose sin pausa en los humanos, haciéndolos uno con su propia sustancia.

Buena parte del libro *Ritos mortuorios nahuas precolombinos* está consagrada a extender frente a nuestros ojos la concepción de esa dialéctica muerte/vida y vida/muerte, enfrentándonos a las consecuencias fácticas y conceptuales que de ello se derivaron para los ancestrales habitantes del México prehispánico, pues si bien Johansson centra su atención en las creencias y prácticas de los grupos de estirpe nahua, no es menos cierto que en lo básico fueron casi idénticas a las de los mayas, otomíes, purépechas, pipiles, huastecas, totonacos, chichimecas e incluso a las de otras culturas aridoamericanas como los navajos e indios pueblo.

La raíz del pensamiento indígena es un dualismo que, como el asiático, divide y une a la vez aspectos considerados contradictorios y